CAPÍTULO I: Introducción

Estás conduciendo tu coche en un largo tramo de la carretera por una zona remota del desierto. No hay ciudades, no hay lugar para parar para alimentos o combustibles. Es invierno, una noche muy fría. Se está haciendo tarde, y has estado conduciendo todo el día. No hay más vehículos en el camino.

Miras hacia adelante y vez a la luz de la luna una forma extraña. Parece ser un muro de unos dos metros de alto hecho de adobe sin pintar, con una zona oscura en su base, que podría ser un túnel. En el interior del túnel es una luz tenue, tal vez una vela. La pared parece bloquear de la carretera. Reduces la velocidad.

Mientras te aproximas, tu percepción cambia. Ahora ya no te enfrentas a un muro en la carretera. Obviamente es una gran meseta a la distancia. El área oscura que parecía ser un túnel se ve ahora mucho más cerca. Es una visión que te asusta. Parece ser un animal grande, peludo redondo sobre sus patas traseras, con una etiqueta de metal brillante de en su collar. Se parece a un gran oso. "Pero eso es imposible", te dices en voz alta a tí mismo: "No hay osos en el desierto". Así es que tratas de distinguir que es realmente. No se mueve.

Hay que forzar la vista para verlo. Es todavía demasiado lejos para que las luces lo distingan, y hay una ligera inclinación de la carretera. Te das cuenta que tienes miedo, sientes tu corazón late con fuerza. Te frotas los ojos y te agitas, tal vez –piensas- te quedaste dormido y estás soñando o alucinando. Miras de nuevo y el oso se ha ido. Esto te hace dar un suspiro de alivio.

Pero entonces llegas a una ligera bajada en la carretera y te sumerjas en un área baja, el cauce de un arroyo seco.

Te pares en la oscuridad para orientarte y tratas de localizar el objeto, y tu coche se detiene al borde de la carretera, justo antes de llegar a la cima de la colina. Sigues, subes las luces para distinguir la figura, pero ya es demasiado tarde.

A medida que el guardabarros delantero derecho golpea la figura, esta rebota por la ventana del lado del pasajero, apenas visible desde el interior solo distingues una parka bien cerrada y luego un rostro humano. La "persona" se parece al anuncio de una lata de cerveza. Quedas paralizado en el volante, tratando de mantenerte en el camino y tu pie no se mueve desde el acelerador al pedal de freno.

El temor te impulsa a seguir adelante, momentáneamente no te puedes conectar con la realidad de lo sucedido.

Entonces tu mente empieza a trabajar otra vez: "Esto es imposible. Yo estoy en el medio del desierto en una noche muy fría. Nadie estaría aquí de pie como una estatua al lado de la carretera tomando una cerveza. No pudo haber sido humano". Sigues conduciendo.

Ahora ya estás bien despierto. Faltan a lo menos dos horas para llegar a la próxima parada de camiones. Tienes un teléfono celular, pero no lo usas. Tu mente es incontrolable, frenéticamente repasas todo lo que viste, luchando contigo mismo para llegar a algún tipo de conclusión, en cuanto a la realidad de lo ocurrido: "Era humano" piensas, pero luego "No era un ser humano".

Cuando piensas "Sí, fue un ser humano", sientes terror.
Cuando piensas "No, no era un ser humano" te llega el alivio.
Tal vez fue un maniquí sostenido por algún loco o algunos adolescentes, como una broma de mal gusto.
Tal vez fue un anuncio.

En esta "realidad", puedes relajarte y concentrarte en lo que es tu destino esta noche. Pero tan pronto como se estableció en esta "realidad", la otra "realidad" se entromete: "Tenía que ser un ser humano, un hombre alto, fornido, tal vez borracho, tal vez esté tirado". Y así tratas de recordar otras pistas.

"Creo que vi un pequeño camión de reparto en una de las calles laterales. Quizá se quedó varado y necesitaba ayuda. Tal vez todavía está vivo, tirado, sangrando. Dios mío. Tengo que volver".

Paras tu coche y das la vuelta. Pero entonces te detienes con el motor en marcha. Nuestro cerebro nos dice: "¿Por qué volver? Si él era un ser humano ahora está muerto. Si no es un ser humano, voy a perder media hora viajando por nada. ".

Das vuelta de nuevo para reanudar tu viaje. Pero tu mente no te permite poner el coche en marcha. Por último gritas en voz alta "¡Maldita sea. Tengo que saber".

Cuando usted oyes tu propio grito, despierta en ti el miedo que has perdido la razón y el juicio. Tratas de ser lógico: "varado o incluso una ebrio por lo menos debería moverse, levantar los brazos o algo para llamar la atención, cuando fue golpeado haría algún tipo de sonidos, gritos o algo así. Además, se que ya no va a cambiar nada".

No ves tráfico en ninguna dirección por lo menos durante una hora. De repente te sientes vulnerable, sentado allí en el camino, en medio de la nada, sin hacer nada. Tiemblas, comienzas a imaginar una variedad de escenarios de lo que podría suceder si vuelves, de lo que podrías encontrar, y las consecuencias de encontrarlo.

Tu mente dice: "No era humano, era demasiado grande para ser humano, no había sangre ... sangre. Tal vez hay sangre en el coche. ". Coges una linterna y sales a examinar las áreas donde puede haber sangre. Hay un hueco el lugar del impacto, y un foco señalizador roto, pero sangre no. Tampoco cerveza.

Te sientes aliviado. "No era un ser humano. Algunos niños se pusieron allí tan sólo para

aterrorizar a un pobre viajero, como yo ". Hace frío – la temperatura debe estar debajo de cero. Pones en marcha tu coche y tomas velocidad hacia tu destino.

En un primer momento, tu mente está calmada y clara, tu conciencia entá bien, pero en el transcurso de las dos horas de camino, recuerdas algunos detalles que te ponen en duda. Estás sometiendo a tu memoria a cada tipo de ensayo, teoría, análisis, hipótesis. Cuando finalmente llegas al hotel, te sientes perseguido por el malestar que bien podría haber sido un ser humano.

Cada día, durante el resto de tu vida, te persigue el pensamiento "Maté a alguien". Nunca le digas a nadie, ni siquiera a tu esposa. Ni siquiera informas del incidente a la policía de manera anónima, ni chequeas los periódicos locales.

Desarrollas un trastorno del sueño - insomnio y pesadillas. Vas al psiquiatra y comienzas a tomar medicamentos, pero aún así no revelas el incidente a nadie. Tu capacidad de concentración en el trabajo se ve afectada, y comienzas a experimentar episodios de rabia y a perder los estribos.

Por primera vez en veinte años de matrimonio le das una bofetada a tu esposa, cada vez te cuesta más controlarte. Socialmente, te encuentras al borde, siempre un poco distraído, consciente de tí mismo. Poco a poco, Te deterioras mentalmente.

Finalmente te mueres, solo, en un hogar de ancianos.
Tu último pensamiento es: "Yo podría haber matado a alguien".

* * * *